

putarnos la victoria. Pero esto no le impedirá ser derrotado y cubierto de vergüenza, reportando todavía nosotros la ventaja de que nadie pueda decir que esta vez hemos vencido sin lucha seria y sin adversario peligroso. El medio de que se sirve es el mismo que emplea en casi todas las cuestiones de arte; la excitación al placer sensual, y la especulación sobre la dificultad de domar y dirigir las bajas inclinaciones. Cuando se trata del lirismo, empléase precisamente con preferencia este pérfido artificio. Poco falta para que se haga jurar al mundo que ningún lirismo verdadero es posible sin el desencadenamiento de la sensualidad. Cuando nuestros estéticos han pronunciado su última palabra, casi podríamos creer que el lirismo no es otra cosa que un divertimento con la sensualidad, y que lo primero que debe proponerse esta poesía es enseñar á los hombres que la felicidad celeste consiste en la excitación de las pasiones más peligrosas. ⁽¹⁾ Goethe cree que, si el poeta quiere ser hombre y hacer también á los demás hombres, sólo debe pensar en una cosa, á saber, que el mundo entero no constituya más que un sólo templo de amor, porque, sin amor, el mundo no sería mundo. ⁽²⁾

¡Ah pobre mundo, si fuese ese el cemento que mantiene unidas tus partes! ¡Pobre poesía, si debes engrasar tus ruedas con semejante aceite! Si no protestamos de esto con energía, muy pronto parecerá que no hay otro aceite para la poesía que este unguento de brujas de que habla Goethe en estos términos muy poco velados: «Esto me corre por la médula hasta el dedo gordo del pie; estoy tan débil, estoy tan fuerte, me siento bien, me siento mal.» ⁽³⁾

Un historiador tan seco y tan desprovisto de sentimiento poético como Sybel, niega á la Edad Media aun la posibilidad de una poesía, porque, en aquella época, el suelo y las fuentes, únicos que podían alimentarla y apagar su sed, eran atribuídos á los pecados de este mundo. Pero

- (1) Duboc, *Hundert Jahre Zeitgeist*, I, 132 y sig.
 (2) Goethe, *Röm. Elegien*, I (G. W., 1827, I, 259).
 (3) *Ibid.*, «Christel» (G. W., 1827, I, 20).

¿cuál es este suelo, cuáles son estas fuentes, únicas que deben producir la verdadera poesía? He aquí la respuesta: Una sensualidad sana y vigorosa. ⁽¹⁾ Así podemos formarnos una idea de la charca en que abreva sus camellos el que adopta este principio. ¡Con qué animales tan feos sería preciso viajar! Sí, si alguien quiere atravesar, con peligro de su vida, los desiertos arenosos en que sopla el viento abrasador, obligado está á servirse de ellos; pero el que quiere elevarse al puro cielo de la poesía, necesita un animal más noble, necesita ese corcel alado de que nos hablan las leyendas antiguas. Para extinguir su sed, necesita otra cosa que agua cenagosa; de lo contrario, el vértigo se apodera de él, cae en el delirio, y pierde el vigor necesario para remontarse á lo alto.

Se dice que el amor es la fuente del lirismo. Esto es ya la primera mentira, fuente de otras mentiras y de numerosos engaños. Este supuesto amor que los poetas nos machacan siempre en el mismo tono, no es otra cosa que el encanto de la sensualidad propia que quiere inflamarse al contacto de una sensualidad extraña. Si no se nos cree, que se crea al menos á los que deben saberlo. ¿Qué quieren decir los hermanos en la canción de las logias de Goethe, cuando cantan: «Hoy el amor debe estar en todas partes cerca del amor?» ⁽²⁾ La explicación nos la dan otros versos: «Todos los hermanos se preguntan qué serían sin hermanas.» ⁽³⁾ ¡He aquí la explicación! Porque los hermanos no pueden vivir sin amor al lado del amor, tal como ellos lo comprenden, sino que tienen necesidad de hermanas; por eso se desbordan en seguridades de amor. Pero cuán bajo sea su amor y cuán insensatos son aquellos que confían en sus más sagrados juramentos, lo muestra Goethe en estos términos vulgares: «Permaneced, pues, únicamente hasta que conozcáis algo mejor. ⁽⁴⁾ Sí, os lo confesa-

- (1) Sybel, *Geschichte des ersten Kreuzzuges*, (1) 106.
 (2) Goethe *Zur Logenfeier*, 3 set. 1825 (III, 75).
 (3) *Ibid.*, *Gegentoast der Schwestern* (III, 72).
 (4) *Ibid.*, *Ergo bibamus* (I, 159).

mos de buen grado; nuestro culto, nuestras cotidianas oraciones están especialmente consagradas á una diosa que se llama la *Ocasión*; aprended á conocerla. Siempre os aparece en forma diferente.»⁽¹⁾ Así, pues, ese supuesto amor está al servicio de la ocasión; sólo sirve para un premio, y no sirve más que á esta hermana de la que se puede decir: Hace todo lo posible para agradarme.⁽²⁾ Si no obra ya de este modo, y si se presenta otra ocasión, entonces se dice simplemente: Nuevo amor, nueva vida.⁽³⁾ Tal es—dice Goethe—el que ha consagrado su vida y su lira á este género de amor; tal es el más seguro paliativo.

Cuando nos describe su propia manera de obrar, he aquí lo que nos dice: «Yo mismo me forjaba ilusiones ante todos los rostros hermosos, y tenía la ventaja de creer siempre en lo que decía en el acto.»⁽⁴⁾ ¡Valiente ventaja! Pero quienes salían perjudicados eran los lindos rostros, los cuales, á pesar de las advertencias de sus padres, á pesar de los millares de víctimas de que ellos se habían burlado, y á pesar de los avisos de su conciencia, creían, sin embargo, que el que había jurado por el amor, quería esta vez servirlo desinteresadamente, y no servir su sensualidad. De este modo, aquel amor eternamente embustero mentía y las engañaba, y por la cienmilésima vez se verificaba en ellos, con palabras de amor, el principio del poeta, único que no era falso: «Jóvenes, vosotras sois las víctimas del engaño.»⁽⁵⁾

Que todo aquel que ame el honor y la verdad diga ahora si la poseía puede fluir de semejante fuente. Y si no, ¿á qué viene atacarnos, porque no admitimos como poesía esta salvaje tempestad de versos, que la palabra amor levanta como el *simún*, y porque no queremos que estos cantos de amor ataquen á las almas puras para corromperlas

(1) Goethe, *Röm Eleg.*, 4 (I, 263).

(2) *Ibid.*, *Gewohnt, gethan*, I, 137.

(3) *Ibid.*, (I, 77).

(4) Goethe an Fr. von Stein (Düntzer, *Charlotte von Stein*, I, 41. Baumgartner, *Goethe's Lehr- und Wanderjahre*, 74).

(5) Goethe, *Röm. Eleg.*, 6 (I, 268).

con su aliento envenenado? «Hace ya mucho tiempo—dice Sócrates—que existe sobre esta materia una gran desunión entre los poetas y la sana filosofía.»⁽¹⁾ ¿Y ha de permitir la religión lo que condena la razón? ¡Arrancad, pues, de la poesía ese maldito veneno, arrancadlo sobre todo de las lecturas de la juventud! ¡No os dejéis engañar, jóvenes, grandes y pequeños; con dulces y cortos breva-jes, se prepara el veneno, y entonces todos lo toman de buen grado! ¡Vosotros, padres, vosotros en particular, educadores, no olvidéis vuestra obligación! Ya comprendió el pagano que sólo con disciplina y vigilancia severas, no podía convertirse en peligro para la juventud la lectura de poesías.⁽²⁾ Nadie se fíe en esta materia de afirmaciones ajenas. Todos sabemos con cuánta irreflexión, con cuán poca conciencia y con qué parcialidad obra el mundo, al tributar alabanzas á semejantes obras. Todos deben estar sobre aviso, porque todos deben dar cuenta de sí mismos.

Con esto no queremos decir que el amor no pueda ofrecer materia á la poesía y que deba rechazarse toda poesía que glorifique al amor. No condenamos al amor, pero marcamos con sello ignominioso á la hipocresía que quiere hacer pasar, con el nombre de amor, la vulgar sensualidad ó el egoísmo. El que pisotea el amor, violenta el corazón; pero es preciso que ante todo sea un amor que se atreva á presentarse ante Dios y ante el mundo entero, por consiguiente, un amor que no se obtenga por la mentira, un amor puro. Sí, si todos los poetas quieren cantar el amor, que lo hagan como el antiguo caballero:

«Por Dios he tomado la cruz y hago mi peregrinación para expiar mis faltas. ¿Volveré? Esto depende de Él. Dejo una mujer que llora mi ausencia; mi único anhelo consiste en volver á verla honesta y fiel. Este es el único motivo que me hace desear volver, porque, si ella hubiese de cambiar de vida, la muerte sería una dicha para mí. Mi

(1) Plato, *Republ.* 10, p. 607, b.

(2) Plutarch., *De audiendis poetis*, 14.

primer amor debe serme el más caro. Verdad es que he arrostrado luchas y penas, pero siempre he permamanecido fiel. Sería una vergüenza para mí, si tuviese que amar á más de una mujer; en este caso, preferiría no amar á ninguna. Pero, desgraciadamente, ¡cuántos hay que no obran como yo!»⁽¹⁾

Establecemos en seguida, como segunda condición, que este amor debe manifestarse con la mayor circunspección y los más delicados miramientos. El corazón humano es tan débil y tan sensible bajo este concepto, que, cosas permitidas, pueden ser un peligro para millares de personas. Lo que no hace mal á uno, puede ser causa de ruina para muchos. Lo que deja á uno frío noventa y nueve veces quizás, le devora la centésima. Todo lector, viejo ó joven, debe abrir con prudencia todo libro, porque no sabe si encontrará en él la vida ó la muerte. ¡Con qué cuidado, pues, debe el poeta escribir cada uno de sus versos! Sabe que se dirige á millares de lectores; pero no sabe nunca cuáles son, ni lo que pueden soportar sin inconvenientes.

Síguese de aquí que la primera condición para ofrecer una obra maestra lírica completa es la verdad, y la segunda la pureza. Aunque una descripción sea verdadera en sí misma, si hiere la pureza del corazón, se convierte en la seducción más criminal, y deja de ser obra maestra, por admirables que sean sus versos.

Pero como este género de poesía no debe ser una simple descripción como la epopeya, pide, en tercer lugar, una materia que se apodere del hombre por completo, que penetre los más profundos repliegues de su corazón, purificándolos, ó le enseñe á sacrificarse por la comunidad; en otros términos, una materia que le eleve por encima de sí mismo, para alcanzar sus más altos destinos.

La religión y lo sobrenatural son, y continuarán siéndolo siempre, el objeto más digno de la lírica. El hombre, con su pequeñez y con su impotencia, con el cumplimiento de sus deberes y con su lucha con el mundo, por consiguien-

(1) Der von Joansdorf, 1, 2 (Hagen, *Minnesinger*, I, 321).

te, el campo de la historia entera y de la vida externa bajo todos sus aspectos, constituye el primer tema. Los acontecimientos del pequeño mundo estrecho, las tempestades, los sufrimientos, las alegrías del propio corazón, no están excluidos de él por completo; pero los peligros de la mentira, de la ilusión, de la vanidad, del egoísmo, que hacen girar todo el mundo alrededor de este tan estimado pequeño *yo*, como los satélites en torno de su centro, de tal modo son aquí inminentes, que es preciso precaverse contra la elección de esta tercera materia, con tanto cuidado como contra la posesión de un periódico.

Finalmente, estos asuntos deben, en cuarto lugar, ser comprendidos y expuestos por el hombre completo. La simple poesía sentimental no basta; la lírica reclama igualmente la más completa claridad de espíritu, la firmeza de la voluntad y el verdadero calor del corazón.

Pero si esto es así, no hay duda alguna de que entre los numerosos poetas líricos que gimen, gruñen y truenan á cada arruga de la tierra, á cada rayo de luna, á cada brizna de hierba, á la vista de un ojo centelleante ó de un hermoso rostro, sólo puede contarse un corto número de poetas y obras de mérito.

Desde luego, preciso es dejar á un lado á un Anacreonte y á un Hafis, cuya poesía alimentábase únicamente de vino, de rosas y de todo lo que hay de malo en materia de amor.

En Goethe, en vano es también que busquemos—exceptuadas algunas imitaciones de cantos populares—puntos de vista más amplios, fuera del bien de la patria ó un movimiento de compasión sobre la miseria de la humanidad. Lo que le hace obrar es solamente el perenne Goethe, con su dicha ó su desgracia, y particularmente su amor equívoco que ya conocemos. Ahora bien, un lírico semejante no debe contarse entre los grandes líricos.

Comparado con él, el mismo débil Petrarca ofrece un golpe de vista mucho más vasto y elevado. Sin duda que también él disipó la más bella parte de su vida al servi-

cio de una pasión bastarda, pero acabó por avergonzarse de sus indignos y fríos sonetos. De aquí que, al final de su vida por lo menos, dirigió sus miradas al gran desenvolvimiento de la historia universal. Pero era ya demasiado viejo, y estaba extinguido su ardor. Así, pues, en lugar de las efusiones líricas, no trazó más que catálogos de antigüedades. He aquí la razón por la que no podemos colocarle entre los líricos de primer orden.

¿Dónde, pues, debemos buscar los grandes líricos? ¿En la tan elogiada civilización árabe? Sin duda que ha producido más líricos que sabios, pero en esto consiste casi toda su riqueza. Nada de pintura, ni de escultura, ni de música, ni de epopeya, ni de drama encontramos en ella. Sólo la arquitectura, una poesía árida llena de proverbios y de parábolas, y especialmente el lirismo han florecido en ella. Pero ¡qué lirismo! Un lirismo de hermosas palabras, de juegos de imaginación, de acento silábico, de lexicografía. Aquellos poetas gemían hasta exhalar el último aliento por una esclava, una lanza, un camello, una aguja perdida. Mas esto no es peligroso, ya que sólo se trata de algunos juegos fantásticos de palabras, de algunas rimas brillantes; en cuanto á la seriedad, al calor, á la profundidad, á las ideas elevadas, no hay en ellos la menor traza.

Mucho más elevados son los persas. Si en lugar de ese vano *todo* y *uno* que llena de obsequios á cada uno para hacerle suspirar tras él, y que recompensa todo ardiente deseo, dándose á sí mismo la paz y dándola á los demás, Djelet Eddín hubiese visto ante sí al verdadero Dios, al Dios viviente, ¡qué poeta hubiera podido ser! ¡Qué desgracia tan grande es, pues, no poseer la gracia de la fe! ¡Cuán pequeño y pobre es un espíritu, por grande que sea, al que la fe no eleva por encima de la bajeza del propio *yo*!

En lo referente á la piedad, verdad es que no está exento de ella Píndaro, el más grande de los líricos griegos. Él fué quien dijo esta sublime frase: «Insultar á los dioses, es odiosa sabiduría.»⁽¹⁾ Además de esto tiene también hermosas

(1) Pindar., *Ol.*, 9, 40 y sig. (Thiersch, I, 100).

cualidades: gravedad profunda, lenguaje enérgico, amor á la patria; pero aun así, no podemos considerarlo como lírico consumado. Siempre se le ha estimado por encima de su valor real. Uno es el puesto que ocupa como escritor griego, y otro el que tiene asignado en la literatura universal. Este no es extraordinariamente elevado. Inútil hablar de su moral, tal como lo expone en su *Himno á las sirvientas de Venus en Corinto*. ¡Moral griega al fin!⁽¹⁾ Por otra parte, como verdadero griego que era, no hay que empeñarse en encontrar en él la profundidad del corazón, la verdad y la sinceridad del sentimiento. Ahora bien, esto es ya una imposibilidad para hacer algo perfecto en el género lírico. Ya chocaba á los antiguos el que los atenienses no llegasen á la epopeya y al lirismo.⁽²⁾ Para la epopeya, faltábales la calma, y para el lirismo la profundidad y el corazón. De este último carecía también Píndaro. Por otra parte, si bien tenía sentimientos religiosos, era un verdadero hombre de mundo. Fáltales elevación á los asuntos tratados por él. Es él prueba palpable de cuán diferentes son las apreciaciones del mundo. Si uno de los maestros cantores laicos de fines de la Edad Media hubiese inventado, en el espacio de medio siglo, ditirambos tan largos sobre los corredores y los boxeadores alemanes; si hasta hubiese escrito un libro sobre los torneos caballerescos ó poéticos, se exclamaría: «¡Vaya unos prejuicios!» Pero que lo haga un griego, y ya es completamente diferente. No preguntamos quién es el que habla, sino cómo habla. Ahora bien, he aquí que Píndaro hace descender sobre la tierra todo el Olimpo y todo el aparato mitológico, no para que el hombre se eleve de la tierra al cielo, sino para que el ejército de los dioses glorifique los rápidos pies de un egipeta y de un corcel siciliano, ó los puños de un valeroso adolescente. Lo que conoce de más elevado es, además de

(1) Valerius Maxim., 9, 12, 7. Hesychius Miles., *Frag.*, 72 (Müller, *Frag. hist. Græc.*, IV, 172): V. además un fragm. del mismo Píndaro. (Athen., 13, p. 601, c.) en Thiersch, II, 225.

(2) Plutarch., *De gloria Atheniens.*, 5.

los días joviales, ⁽¹⁾ la gloria que su canto esparce sobre la tierra. ⁽²⁾ Nunca sabe uno si el mayor elogio es atribuido á aquel que es alabado ó á aquel que alaba. ⁽³⁾ Además de esto, reina tal oscuridad y tal dificultad en la expresión, que aun sus más entusiastas admiradores jamás han podido absolverle de este defecto. Difícil sería sostener que uno sólo se haya conmovido con sus pesadas y embarazosas frases.

Horacio, y su hermano de leche Walther de Vogelweide, son de un género completamente distinto. ¡Qué limpieza, qué transparencia clara como el cristal! ¡Qué amplitud de miras, sobre el mundo terrestre, por supuesto! ¡Ah, si tan sólo su desorden genial, sus bajas adulaciones y su importuno pordioseo no descubriesen tan claramente en ellos la miseria humana! ¡Ah, si tan sólo el último no abusase, como Bertrand de Born, su émulo, de la poesía para difundir la duda y la discordia! En cuanto á los otros *minnesängern* ó *trobadores*, sólo nos han dejado algunas obras de mérito en asuntos exclusivamente religiosos.

Fuera de esto, al lado de tantos cantos populares verdaderamente notables en este género, sólo podemos citar, en toda esa masa de poesías líricas, algunos himnos del *Rigveda* que merezcan, de nuestra parte, completa aprobación. No son profundos, pero rebosan de sentimiento sensible y sinceramente religioso.

Prueba esto que, precisamente en ese campo de la poesía que se cultiva con el mayor cuidado, y en el que todo alumno de retórica espera ya alcanzar el primer premio, las grandes producciones son muy raras; y del mismo modo, muestra esto cuán exacto es el juicio de Stolberg sobre la lírica, á saber, que lo santo es, no sólo el objeto más elevado de la poesía, sino también su objeto propio. ⁽⁴⁾

(1) *Fragm.*, (apud Athen., 12, p. 512, d.) en Thiersch, II, 214, 3.

(2) Pindar., *Nem.*, 3, 72 y sig.; 4, 1 y sig.; 7, 16; 8, 40 y sig. *Ist.*, 1, 45 y sig.; 3, 1 y sig.; 5, 13 y sig.; 6, 1 y sig.

(3) *Ol.*, 7, 7 y sig. *Nem.*, 9, 54 y sig. *Pyth.*, 3, 107 y sig.

(4) Janssen, *Stolberg, sein Entwicklungsgang und Wirken*, 250.

De aquí que, como ya lo hemos dicho al principio, es completamente natural en el fondo que, en esta rama de la literatura, el arte de la Revelación haya obtenido la victoria sobre el mundo.

Aplicase esto ya á la poesía del Antiguo Testamento. Desde que Herder ha hecho apreciar de nuevo su grandeza, se admite generalmente que ninguna lírica humana puede comparársele, ni siquiera desde el punto de vista de la perfección poética.

Pero la lírica sagrada de la Iglesia tampoco puede tener un rival serio en la poesía profana del género más elevado—desde luego no entra en lucha con la baja poesía.—Este juicio, que podemos dar como unánime y universal, ⁽¹⁾ lo formulamos sin intentar rebajar la literatura profana, y sin querer elevar desmesuradamente la sagrada. Allí donde apreciamos las grandes obras de la literatura universal, desde el punto de vista estético, no se nos ocurre poner á tontas y á locas la poesía religiosa por encima de la literatura humanista, sino que reconocemos que contiene mucho de mediano y mucho de inferior á la medianía. También en ella, como en las obras líricas profanas, sólo aisladamente se encuentran obras maestras perfectas. Sin embargo, no vacilamos en afirmar que, en cuanto al número é importancia, sus poesías líricas cantadas ocupan el primer puesto. Himnos como el *Gloria*, el *Te Deum* el *Exultet*, el *Victimæ paschali*, el *Vexilla regis*, el *Quem terra pontus*; el *A solis ortu cardine*, el *Ad perennis vitæ fontem*, el *Cælestis Urbs Jerusalem*, el *Media vita*, el *Adoro te*, el *Pange lingua*, el *Lauda Sion*, el *Jesu dulcis memoria*, el *O Deus, ego amo te*, el *Dies iræ* y el *Stabat Mater*; cantos de alabanzas y de oraciones, como tantos cantos sagrados y populares que nos ha legado la Edad Media, pertenecen, sin duda alguna, á lo más perfecto que ha producido la literatura.

Muchos de estos cantos, los mejores y más populares, han llegado hasta nosotros bajo el velo del anónimo, co-

(1) Cf. Alzog, *Patrologie*, (3) 526.